

les partidarios pertenecen á la Francia, pueden dividirse en dos direcciones ó escuelas, una de las cuales pudiera denominarse escuela *humanitario-socialista* y la otra escuela *humanitario-filosófica*.

Por lo demás, una y otra coinciden en sus tendencias y en la mayor parte de sus conclusiones con las tendencias y conclusiones de la Filosofía positivista y del materialismo; razón por la cual creemos oportuno ocuparnos ó hablar de ellas en este sitio, toda vez que vienen á ser como prolongaciones parciales y aplicaciones concretas de las teorías positivistas y materialistas.

Excusado parece advertir que la denominación de *socialista* no se toma aquí en su significación especial y como teoría contrapuesta á la teoría *comunista*, sino en sentido general, según que comprende y se aplica á los sistemas que pretenden cambiar el organismo todo y las instituciones en que descansan ordinariamente las sociedades humanas.

§ 49.

DIRECCIÓN Ó ESCUELA HUMANITARIO-SOCIALISTA.

Los nombres de Saint-Simon y de Carlos Fourier son los nombres de los principales representantes, y aun pudiéramos decir fundadores de ésta escuela, en la que ocupa también lugar preferente Roberto Owen, aunque por su nacimiento pertenece á la Inglaterra y no á la Francia, como los dos primeros.

a) *Saint-Simon*.—Descendiente de una de las fami-

lias más ilustres de Francia, el conde de Saint-Simon parece haberse hallado poseído desde los primeros años de su juventud del deseo de acometer grandes empresas (1), capaces de inmortalizar su nombre y darle prestigio y dominación sobre las muchedumbres. Después de pelear en América á las órdenes de Washington, volvió á Europa, entregándose á una vida de disipación, de movimiento y de viajes, hasta que, en medio de esta vida accidentada, y sin perder nunca de vista sus aspiraciones á la celebridad, publicó sus *Cartas de un habitante de Ginebra á sus contemporáneos*, en las cuales aparece ya en forma rudimentaria su teoría socialista, afirmando que el poder espiritual debe residir en los sabios, el poder temporal en los propietarios, y en las muchedumbres, ó, mejor dicho, en todos los asociados, el poder electivo para los cargos de grandes jefes de la humanidad.

En obras posteriores (2), pero principalmente en la que lleva por título *Nuevo Cristianismo*, Saint-Simon expuso las ideas principales que sirvieron de base y norma á su escuela, que se encargó de reducir las á la práctica, de desenvolverlas y también de desfigurarlas con sus comentarios.

Como casi todos los novadores, propúsose el jefe de la escuela sansimoniana reformar el Cristianismo, al

(1) Sabido es que, cuando sólo contaba diez y siete años de edad, dió á su ayuda de cámara la orden de que le despertara siempre con las siguientes palabras: *Levez-vous, monsieur le Comte; vous avez de grandes choses à faire.*

(2) Las más notables entre éstas son las siguientes: *Reorganisation de la société européenne.—L'organisateur.—Le système industriel.—Le catéchisme des industriels.—Le politique.*



cual acusaba de no haber sabido ó querido sujetarse á la ley del progreso.

La reforma ó restauración del Cristianismo debe llevarse á cabo por medio de dos cosas : 1.ª, afirmando y propagando el principio de la fraternidad humana, contenido en el precepto de Jesucristo, *amaos los unos á los otros*, principio que constituye lo único que hay de esencial en el Cristianismo ; 2.ª, la organización de la sociedad con sujeción á ese principio de universal fraternidad, ó, lo que es lo mismo, la aplicación de ese principio al organismo social, en términos hábiles para producir el mejoramiento rápido, el bienestar de las clases más numerosas y más pobres.

Para conseguir este fin, la sociedad debe distribuirse en tres grandes clases, á saber: los sacerdotes ó depositarios del poder espiritual, los sabios y los industriales, cada una de las cuales debe estar regida por un jefe superior, sin perjuicio de otros jefes escalonados por grados, y constituyendo una complicada jerarquía social. La fórmula general de la distribución ó división del trabajo y de su producto realizada en este organismo es la siguiente: *Á cada uno según su capacidad; á cada capacidad según sus obras.*

El culto de la nueva religión debe poner término á la lucha y oposición entre la inteligencia y los sentidos, entre la materia y el espíritu que entraña el culto católico, reconociendo la legitimidad y santidad de la materia y de los sentidos, la rehabilitación de las pasiones. Saint-Simon dejó como velado y envuelto en sombras y en cierta vaguedad este último principio; pero sus discípulos se encargaron de sacarlo á la luz del día, y, lo que es más, de reducir á la prác-

tica sus naturales consecuencias, proclamando la emancipación de la mujer, algunos de ellos la promiscuidad, y escandalizando á París con las famosas fiestas de la calle Monsigny durante el invierno de 1832.

Sin contar á Leroux y Reynaud, que representan la parte teórica y racional del sansimonismo, del cual no tardaron en separarse, figuraron principalmente en la escuela sansimoniana, Enfantin, Barard, Olindo Rodríguez, Barrault, Chevalier y Talabot.

b) *Fourier*.—En 1808 dió á la estampa Fourier su *Teoría de los cuatro movimientos*, libro que contiene las líneas generales de su sistema social, sistema que desarrolló y aplicó más adelante en otros escritos, y principalmente en su *Tratado de la asociación doméstica agrícola*, libro al cual, según su mismo autor, hubiera convenido mejor este epígrafe: *Teoría de la unidad universal*.

El principio generador del sistema de Fourier se halla contenido en la siguiente fórmula, que resume todo su pensamiento en la materia: *El deber viene de los hombres; la atracción viene de Dios*. Es decir, lo que llamamos deberes y obligaciones, que limitan y comprimen la libertad y la satisfacción de todos los deseos y aspiraciones, trae su origen de la voluntad, de las condiciones accidentales y de las circunstancias externas; y la prueba es que esos deberes varían de pueblo á pueblo y de una época á otra.

Por el contrario, la atracción, es decir, la impulsión de las pasiones viene de Dios, es divina y santa; y la prueba es que su existencia y manifestaciones son idénticas en todos los pueblos y en todos los siglos.

De aquí resulta que toda pasión, cualquiera que sea



su naturaleza y sus aspiraciones, es buena y legítima y conforme á la naturaleza, y, por consiguiente, todo lo que sea contrariar y reprimir sus movimientos, su satisfacción, es cosa ilegítima y contraria á la naturaleza. Las pasiones deben considerarse y son como una brújula permanente puesta por Dios en el hombre para reconocer lo que es bueno y legítimo y conforme á su naturaleza y á la voluntad de Dios. Siendo, pues, un hecho evidente que la sociedad, según está hoy organizada, reprime é impide el libre desarrollo de las pasiones, retarda sus movimientos y hasta castiga su satisfacción, es también evidente que los actuales organismos sociales son contrarios á la naturaleza del hombre, ó, digamos mejor, á la naturaleza de las cosas y á la voluntad de Dios, que exigen y ordenan que no se pongan obstáculos al movimiento libre de las pasiones en orden á sus propios objetos. Luego para que la moral y el derecho se realicen entre los hombres; para que éstos puedan llenar y cumplir sus deberes y derechos inherentes á la satisfacción y al movimiento armónico y libre de las pasiones, es preciso cambiar radicalmente la presente organización de la sociedad; es preciso levantar el edificio social sobre bases enteramente diferentes; es preciso, en fin, crear un mundo nuevo en que desaparezca toda represión y todos los obstáculos que hoy impiden el libre movimiento de las pasiones.

Esto es lo que constituye el fondo substancial y como la esencia de la concepción fourierista, pues todo lo demás que hay en sus escritos se reduce á exponer su fantástica organización de la nueva sociedad, con sus *grupos* compuestos de siete ó nueve personas, con sus

*series* de veinticuatro á treinta y dos grupos, con sus *falanges* compuestas de ochocientas personas, con sus *falansterios* ó residencias de las falanges, con sus *doce pasiones* armónicas, y con sus trece jefes escalonados, desde el *unarca* ó jefe de una falange, hasta el *omniarca*, que es como el jefe de la humanidad, el emperador del globo que habitamos.

c) *Owen*.—Ya hemos dicho que Owen, aunque inglés de nacimiento, pertenece á la misma escuela que Saint-Simon y Fourier. Una especie de fraternidad instintiva, que induce á todos los hombres á procurar su mutuo bienestar, sin distinción de razas, y, por otra parte, la perfecta irresponsabilidad moral del individuo, son las dos bases capitales de la concepción del comunista inglés. En el fondo de la naturaleza humana hay un instinto que induce al hombre á querer y desear la felicidad y el bien de los demás hombres sin distinción; pero, al propio tiempo, los hombres carecen de verdadera espontaneidad y libertad, de manera que son completamente irresponsables, porque sus actos son resultado necesario de sus convicciones, de sus sentimientos, de sus ideas, las cuales lo son á su vez de las circunstancias que le rodean.

De aquí resulta la necesidad de que el poder público, la entidad moral que se llama gobierno, dirija y encamine las acciones todas de los individuos al fin común, que es el bienestar ó felicidad de todos.

Para conseguir esto es necesario reconocer y proclamar la completa irresponsabilidad del individuo y la consiguiente abolición de penas y recompensas, fuentes verdaderas de las desigualdades sociales. Como consecuencia de esta irresponsabilidad, y como medio



para conseguir el bienestar general para todos los hombres, se deberá abolir la propiedad individual, como inútil y hasta incompatible con aquel bienestar, estableciendo la sociedad sobre la doble base de la igualdad perfecta y de la comunidad absoluta, no solamente con respecto á los bienes, sino también con respecto á la familia.

En relación con estas ideas, que constituyen la parte esencial de la teoría de Owen, expone y presenta este su *specimen* de nueva sociedad, dividida, subdividida y organizada jerárquicamente en diferentes clases, con sus correspondientes funciones, tomando por base principal para determinar estas clases y funciones sociales, la edad, ó sea las etapas de la vida humana.

§ 50.

ESCUELA HUMANITARIO-FILOSÓFICA.

Aunque esta escuela coincide en el fondo con la humanitario-socialista que acabamos de reseñar, principalmente en orden á sus tendencias prácticas y político-sociales, merece, sin embargo, mención aparte, porque sus principales representantes conceden mayor importancia á la parte teórica, ó digamos filosófica. Son éstos Pedro Leroux y Juan Reynaud, los cuales, después de militar por algún tiempo en la escuela de Saint-Simon, formando parte de lo que se llama *iglesia sansimoniana*, se separaron de ella cuando Enfantin proclamó la emancipación de la mujer ó el reinado de la mujer libre.

a) *Leroux*.—Nació este escritor en 1798, y desde 1824 fué el principal redactor del *Globo*, publicación que en 1831 se convirtió en órgano de la escuela sansimoniana, escuela que Leroux abandonó cuando se proclamó en ella la emancipación de la mujer. En 1838 se asoció con Reynaud para fundar la *Nueva enciclopedia*, destinada en la mente de sus autores á reemplazar la *Enciclopedia* de Diderot, aunque no pudieron terminarla. Leroux fué también colaborador de la *Revista de los Dos Mundos*, y en 1841 se asoció con Viardot y la famosa Jorge Sand para fundar y dirigir la *Revista Independiente*. Dos años después fundó la *Revista Social*, y después de haber sido representante del pueblo en 1848 y miembro de la Asamblea legislativa de 1849, se retiró á la vida privada después del golpe de Estado del 2 de Diciembre, muriendo por último en París durante el reinado de la *Commune*, en Abril de 1871.

Leroux, mientras por un lado exponía sus teorías democráticas y socialistas en las revistas citadas y en sus discursos en la Asamblea, exponía también sus ideas filosóficas y teóricas en algunas obras, entre las que sobresalen la *Refutación del eclecticismo* y la que lleva por título *De la humanidad, de su principio y de su porvenir*.

El contenido de la primera, prescindiendo de sus detalles y argumentos contra el eclecticismo de Cousin, se resume en las siguientes proposiciones.

1.ª La perfectibilidad humana, la realización de la ley del progreso constituye el objeto de la Filosofía y de la religión, las cuales son, por lo mismo, idénticas en su fondo y esencia.



2.º De aquí se infiere que el fondo metafísico de todas las religiones en general, y del Cristianismo en particular, es verdadero en sí mismo, ó como doctrina filosófica.

3.º Este fondo metafísico de las religiones, que es la esencia también de la Filosofía, es la doctrina de la Trinidad, porque la Trinidad es la esencia misma del espíritu humano, puesto que el hombre es simultáneamente, y de una manera indisoluble, sensación, sentimiento é inteligencia.

Esta última proposición constituye la base y el fondo substancial del otro libro de Leroux sobre la *humanidad*; porque, en efecto, todo su contenido se reduce á desenvolver y aplicar la ley del progreso á esa Trinidad humana consistente en la sensación, el sentimiento y la inteligencia.

Para Leroux, el hombre es ante todo y sobre todo un ser perfectible, y por razón de esta perfectibilidad se halla íntimamente unido á la humanidad entera, de manera que el hombre-individuo viene á ser como una especie de fenómeno ó encarnación concreta de la Humanidad, la cual existe en cada individuo como la verdadera substancia de éste, como un principio superior y permanente que sobrevive á los fenómenos individuales.

En las dos obras citadas de Leroux aparece con frecuencia el nombre de Dios; pero este Dios apenas tiene de tal más que el nombre, puesto que se trata de un Dios que no es más que el infinito matemático, una idea abstracta y vacía, la cual no se manifiesta fuera del mundo (*Dieu ne se manifeste pas hors du monde*), es decir, cuya realidad objetiva coincide con la realidad

de los seres que constituyen é integran el mundo, siendo como la progresión ilimitada de estos seres, una transformación indefinida y ascendente de la naturaleza.

En conformidad con las ideas que anteceden, Leroux afirma que la tierra y el cielo son una misma cosa, ó, mejor dicho, que el paraíso, el infierno y el purgatorio son palabras que nada significan, porque no hay más cielo ni infierno que los que son posibles en la vida presente. Bien es verdad que, después de enseñar, como enseña nuestro autor, que el alma es un fenómeno, una realidad inseparable del cuerpo, es lógica esa doctrina acerca del infierno y paraíso.

No lo es tanto, en verdad, Leroux cuando admite la metempsicosis, una serie de vidas anteriores y posteriores á la vida actual de cada individuo, hipótesis difícil de conciliar con la identificación del cielo y la tierra, con la negación del paraíso y el infierno fuera de este mundo.

No entra en el plan de este libro seguir á Leroux en los detalles de sus teorías democrático-socialistas, y nos limitaremos por lo mismo á indicar dos cosas: 1.ª, que admite, al menos en el nombre y con restricciones que las anulan en parte, como le aconteció con la idea de Dios (1), la familia y la propiedad; 2.ª, que,

(1) Aunque, según se ha visto, el Dios de Leroux nada tiene de común con el Dios verdadero, bastó que nombrara á Dios en sus libros para que la *Commune* de París arrojara sobre su misma tumba una especie de nota reprobatoria é infamante, por haber sido partidario de Dios ó de la *idea mística*, como se expresaba aquélla al decretar lo siguiente: «La Commune décide l'envoi de deux de ses membres aux funérailles de Pierre Leroux, après avoir déclaré



á ejemplo de Saint-Simon, buscó en el Cristianismo y en la Biblia antecedentes, tipos y pruebas de sus teorías. Así, por ejemplo, el asesinato de Abel por Caín representa el establecimiento de la propiedad, que Moisés quiso asemejar al fratricidio; la cena pascual es la expresión y afirmación de la igualdad entre los hombres; los tres hijos de Noé personifican la subjetividad, la objetividad y la relación entre una y otra, como modos fundamentales de la existencia humana, y estos tres modos, en los tiempos modernos, se transforman y personifican en los tres elementos capitales de la sociedad, á saber: el sabio, el artista y el industrial.

b) *Reynaud* (Juan Ernesto, 1806-1863) marcha por caminos bastante parecidos á los de su por tantos títulos colega Leroux, con quien trabajó en varias revistas y periódicos, y en cuya compañía permaneció afiliado por algún tiempo á la escuela sansimoniana.

En 1854, y después de haber escrito algunos otros libros (1), publicó su obra principal, de la que se hicieron bastantes ediciones en pocos años, y que lleva por título *Tierra y Cielo*.

El contenido de esta obra no es ni filosófico, ni teológico, ni político-social, sino una amalgama de estas tres cosas, que puede reducirse á lo siguiente:

La ley del progreso ó de la perfectibilidad indefini-

qu'elle rendait hommage, non pas au partisan de l'idée mystique dont nous portons la peine aujourd'hui, mais à l'homme politique qui, le lendemain des journées de Juin, a pris courageusement la défense des vaincus».

(1) Entre éstos cuéntanse los siguientes: *Mineralogía para uso de la gente de mundo*.—*Consideraciones sobre el espíritu de la Galia*.—*Discurso sobre la condición física de la tierra*.

da es la ley fundamental y universal para el hombre, y, por consiguiente, para la ciencia. Ésta debe unir y armonizar la idea teológica y la idea filosófica, ó, digamos mejor, psicológica, toda vez que Reynaud apenas trata más que las cuestiones referentes al alma.

En el estado actual de la humanidad y del saber, la ley del progreso sólo puede realizarse á condición de que la ciencia se mantenga alejada tanto del materialismo como del catolicismo.

Por virtud de esta ley fundamental del progreso, en fuerza del soberano principio de la perfectibilidad que ilumina todos los tiempos (*le souverain principe de la perfectibilité illumine tous les temps*), como dice nuestro autor, el hombre ha venido perfeccionándose á través del espacio y del tiempo, y adquiriendo nuevas ideas. Así, por ejemplo, debe el hombre á la Judea la unidad de Dios; debe á la Grecia el dogma de la Trinidad; recibió de la Roma pontifical la jerarquía eclesiástica y la organización del culto religioso, y debe á las Galias la idea de la inmortalidad, idea latente en la Galia antigua, explícita y consumada en la Francia moderna.

Consiste esta inmortalidad en la vida infinita, ó, al menos, indefinida del alma, en esta tierra que habitamos y en el cielo, ó sea en los innumerables globos y astros que, en unión con la tierra, integran el Universo.

La tierra es, pues, para nuestra alma un lugar de expiación y de regeneración, y la vida presente del hombre, precedida de otras vidas anteriores y seguida de otras innumerables, no es más que un anillo de la cadena infinita que representa las múltiples transfor-



maciones del alma. De manera que la vida presente de ésta, sus vidas anteriores y sus vidas futuras, son como otros tantos momentos de la ley del progreso encarnada en la humanidad.

El paraíso y el infierno de la teología cristiana son quimeras de la imaginación, y quiméricas son igualmente las afirmaciones de ésta acerca de la espiritualidad del alma humana, la cual ni existe ni puede existir sin algún cuerpo más ó menos sutil, que sin cuerpo no es posible poseer el cielo astronómico, único que existe y puede gozar el hombre.

Por una inconsecuencia, análoga á la que hemos señalado en Leroux, el autor de *Tierra y Cielo* rechaza la eternidad de las almas, y hasta admite que son creadas ó producidas de la nada por Dios: *Continuellement, par l'opération incessante du Créateur, des âmes nouvelles sortent du néant et prennent leur essor, chacune à sa manière, à travers l'immensité des mondes.*

Bueno será advertir que la creación de que nos habla Reynaud no es la verdadera creación *ex nihilo* de la Filosofía cristiana, sino una mera expansión de la esencia divina (*une mystérieuse expansion de son essence*), una especie de emanación panteísta.

§ 51.

CRÍTICA.

Lo que hay en el fondo de las teorías expuestas en los dos párrafos que anteceden, es la sustitución de la moral epicúrea á la moral cristiana, el imperio de la

carne y de las pasiones sustituido al imperio del espíritu y de la razón. Todas esas teorías buscan la felicidad suprema del hombre, ora en la vida presente, ora en una serie de vidas ascendentes en los nuevos mundos ó astros, pero no en la posesión de Dios, Bien infinito y Verdad eterna después de la muerte. Si en algo se diferencian es en que Leroux y Reynaud procuran mantenerse en el terreno de las ideas, mientras que Saint-Simon, Fourier y Owen descienden al terreno de los hechos y de las teorías político-sociales, por medio de las cuales pretenden reducir á la práctica aquellas generales aspiraciones.

La moral, dicen en substancia estos reformadores, debe estar en armonía con la naturaleza del hombre; la moral, como medio de alcanzar y poseer la felicidad á que el hombre aspira, debe favorecer las inclinaciones, los instintos, las pasiones, puesto que son movimientos espontáneos de la naturaleza recibidos de Dios, cuya satisfacción no puede menos de ser conforme, por consiguiente, al orden natural y al orden divino. Luego debe rechazarse como absurda y contraria á la naturaleza misma de las cosas esa moral del Cristianismo, que proclama y ensalza la represión de los malos instintos, la subordinación de las pasiones á la ley y á la razón, la abnegación de sí mismo, el sacrificio y la sujeción de la carne al espíritu. Luego es preciso también reconstruir la sociedad sobre nuevas bases, toda vez que la organización actual lleva consigo la represión, la violencia, el obstáculo para el libre desarrollo de las pasiones. Es preciso abolir la propiedad y la familia, porque respetar ó abstenerse de la posesión de los bienes de otro, de la mujer de